

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

GOBERNADOR

Dn. Daniel Scioli

VICEGOBERNADOR

Lic. Juan Gabriel Mariotto

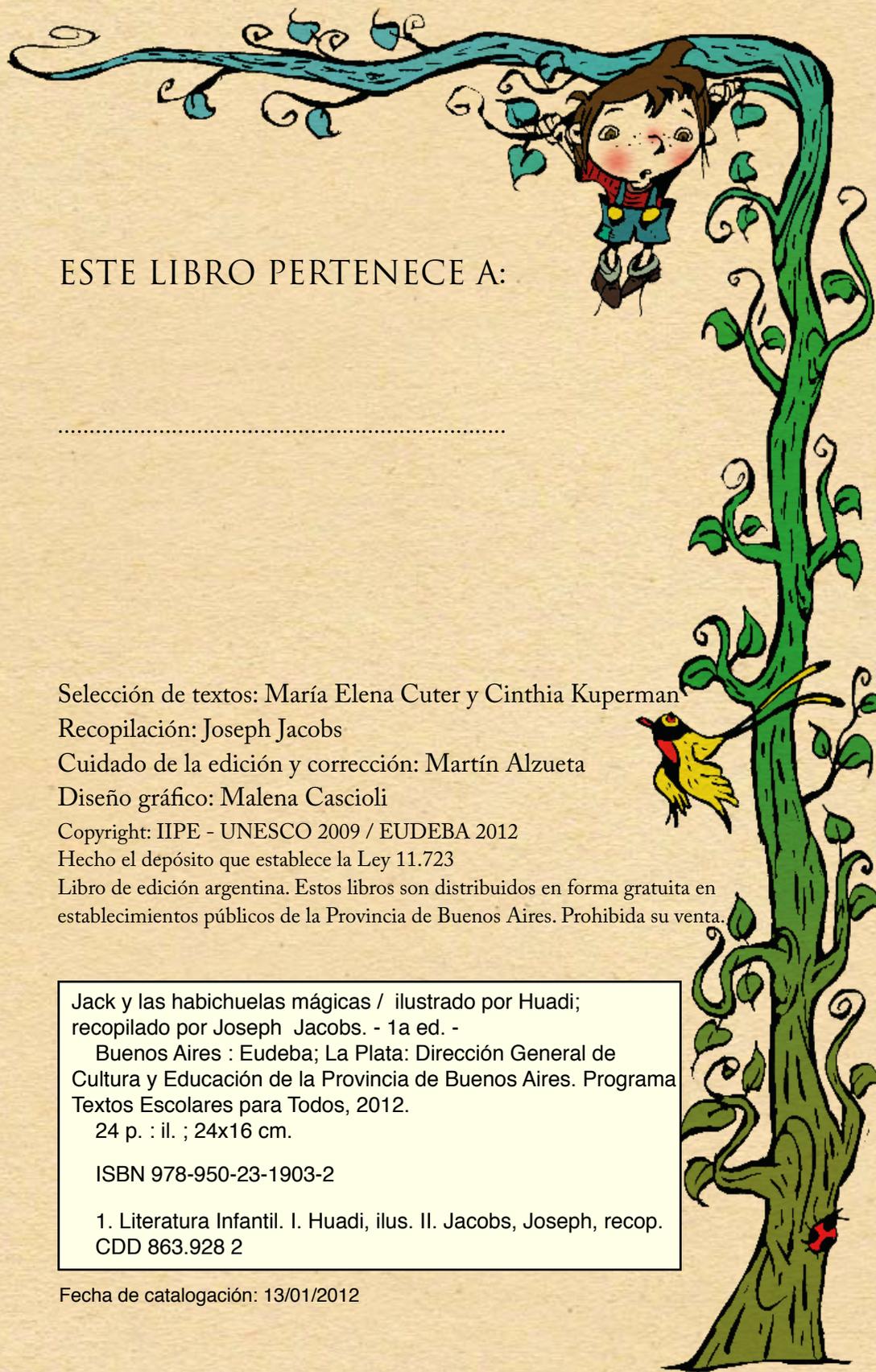
DIRECTORA GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Dra. Silvina Gvirtz

VICEPRESIDENTE 1° DEL CONSEJO GENERAL

DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Prof. Daniel Lauría



ESTE LIBRO PERTENECE A:

.....

Selección de textos: María Elena Cuter y Cinthia Kuperman

Recopilación: Joseph Jacobs

Cuidado de la edición y corrección: Martín Alzueta

Diseño gráfico: Malena Cascioli

Copyright: IIPE - UNESCO 2009 / EUDEBA 2012

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Libro de edición argentina. Estos libros son distribuidos en forma gratuita en establecimientos públicos de la Provincia de Buenos Aires. Prohibida su venta.

Jack y las habichuelas mágicas / ilustrado por Huadi;
recopilado por Joseph Jacobs. - 1a ed. -
Buenos Aires : Eudeba; La Plata: Dirección General de
Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires. Programa
Textos Escolares para Todos, 2012.
24 p. : il. ; 24x16 cm.

ISBN 978-950-23-1903-2

1. Literatura Infantil. I. Huadi, ilus. II. Jacobs, Joseph, recop.
CDD 863.928 2

Fecha de catalogación: 13/01/2012

JACK Y LAS HABICHUELAS MÁGICAS

Había una vez una pobre viuda que vivía sola con su hijo, en una pequeña cabaña. Tenían como único bien una vaca lechera. Era la mejor vaca de toda la comarca, daba siempre buena leche fresca para ella y el muchacho. Pero ocurrió que la viuda enfermó y no pudo trabajar en su huerta ni cuidar su casa por mucho tiempo. Entonces, ella y Jack –pues así se llamaba el jovencito– empezaron a pasar hambre y decidieron vender la vaca para sobrevivir.



Cerca del atardecer, Jack regresó a su casa. Su madre se sorprendió de que hubiera vuelto tan pronto pero, como no vio la vaca, creyó que había podido venderla. Entonces, Jack le contó que la había cambiado por un puñado de semillas de habichuelas mágicas que un viejo ofrecía en el camino hacia el pueblo. La madre se enojó mucho con el muchacho.

—¡Ve a acostarte sin comer! —le gritó mientras tiraba las semillas de habichuelas por la ventana.

Jack se fue muy triste a dormir. Durante la noche soñó que las semillas del jardín crecían y sacudían su casa. El tallo de la planta de habichuelas crecía y crecía, tan grande que llegaba a golpear su ventana...



Por la mañana, cuando despertó, el muchacho descubrió que aquel sueño era realidad. Desde su ventana vio una enorme planta que subía hasta el cielo y se perdía entre las nubes. Antes de que su madre pudiera llamarlo, se escapó por la ventana y se trepó en la enorme planta.

Subió y subió y subió y subió...

... hasta pasar las nubes. Descubrió que la planta terminaba en un extraño lugar. Cerca, sobre una blanca colina, se levantaba un enorme castillo.



Jack se acercó al castillo. En la puerta estaba parada una enorme mujer que lo miraba sorprendida. Cuando estuvo casi debajo de ella, Jack le preguntó quién vivía en el castillo. La mujer le dijo que era la casa de su esposo, un malvado ogro.

–Mejor es que te marches, muchacho, a mi esposo le gusta comer niños en el desayuno.

Jack tenía mucha, mucha hambre y, de manera muy amable, le preguntó si podía comer algo antes de volver a bajar. La mujer se enterneció por las palabras del joven y lo dejó pasar, le dio leche de cabra y una hogaza de pan. Mientras Jack estaba disfrutando de la comida sintieron un fuerte temblor:

¡pum, pum,
pum!

Jack se quedó helado de miedo y ya no pudo comer más. La mujer le advirtió que llegaba su marido y lo escondió en el horno para que no lo viera.

–¡Viene muy hambriento! ¡Si te encuentra, te desayunará! –le dijo de la manera más tierna posible para una gigante como ella.



Cuando llegó el ogro, le pidió a su mujer la comida del día y se sentó a devorarla. Pero antes de probar bocado se detuvo, comenzó a oler el aire y a resoplar:

-Fa... fe...fi... fo... fuuuuu... Huelo a carne de niño... ¿No tienes escondido por ahí alguno que pueda comer como pan?

La mujer le contestó que el olor era del niño que se había comido la noche anterior porque no había tenido tiempo de limpiar el horno.



Después de comer, el ogro se tiró a dormir y Jack aprovechó para salir. Despacio, en puntas de pie, se acercó a la puerta... pero no salió en seguida porque vio que, en la sala, el ogro tenía muchos tesoros: sacos repletos con monedas de oro, estatuas y jarrones de oro también. Entre todos los tesoros, a Jack le llamó la atención un ganso que ponía huevos de oro y una pequeña arpa, también de oro, que se tañía sola.

Antes de irse decidió llevarse una bolsa llena de monedas. Quería darle el dinero a su madre para que lo perdonara por no haber vendido la vaca. Y así, sin hacer ruido, se fue del castillo con todo el oro. Llegó hasta la planta y

**bajó,
bajó
y bajó.**

Por suerte, volvió al jardín de su casa. Allí lo esperaba su madre, muy preocupada. Jack le contó su aventura en el mundo de los gigantes y le dio la bolsa. Con ese oro vivieron bien por un tiempo hasta que volvió a faltarles el alimento. Jack decidió entonces visitar nuevamente al ogro en su casa de las nubes. Esta vez se llevaría el ganso de los huevos de oro.



Aquella hermosa mañana de verano, Jack...

Subió y subió y subió y subió...

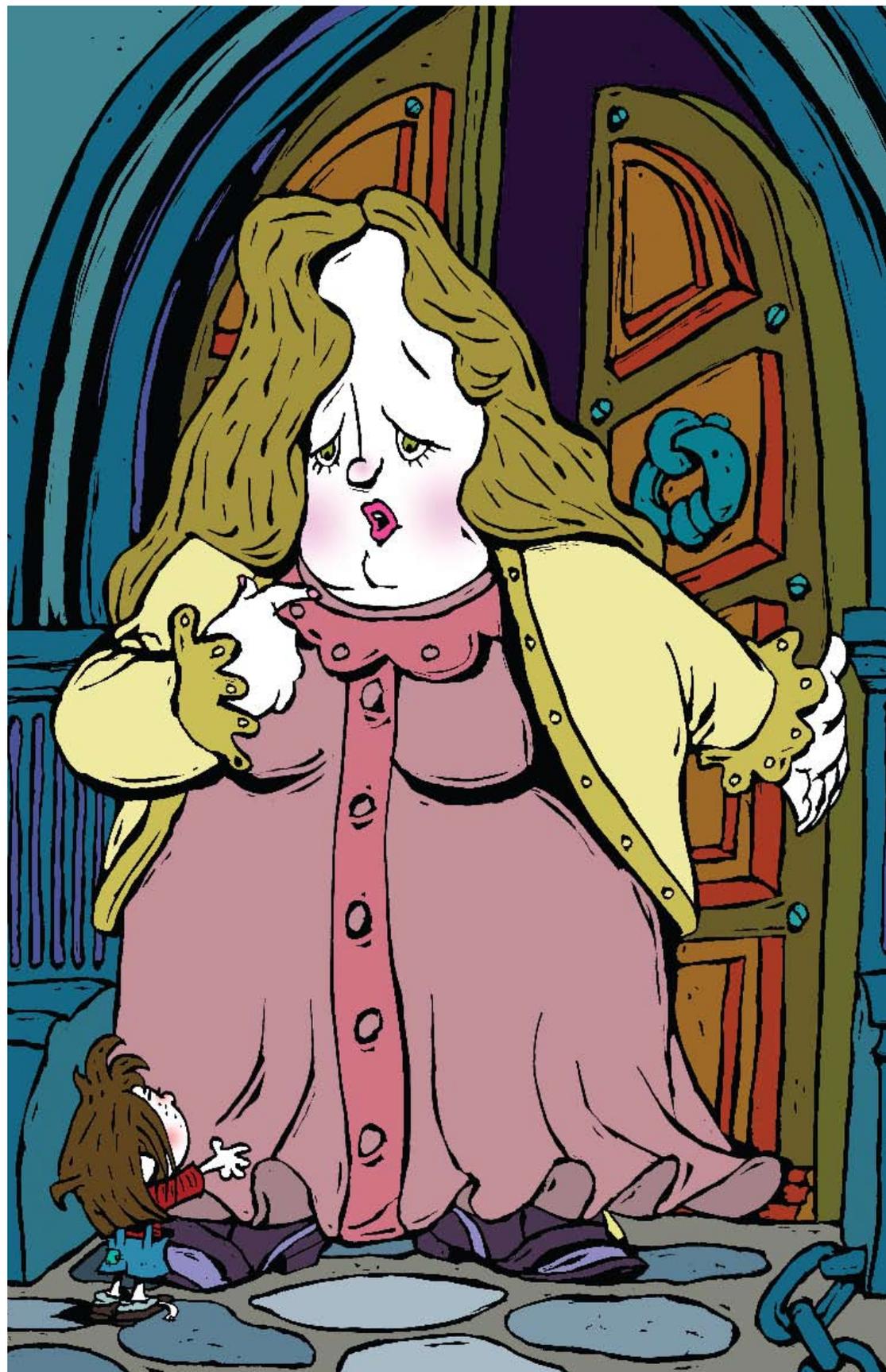
... por el tallo de las habichuelas hasta llegar al mundo de los gigantes. El muchacho se dirigió resueltamente al castillo del ogro. Nuevamente encontró parada frente a la puerta a la enorme mujer que lo miraba más que sorprendida. Cuando estuvo casi debajo de ella, Jack le preguntó si el ogro estaba en el castillo. La mujer le respondió:

-Mejor es que te marches, muchacho. Sabes que a mi esposo le gusta comer niños en el desayuno y está por venir.

Jack, de manera muy amable, le preguntó si podía comer algo antes de volver a bajar por la gigantesca planta. La mujer volvió a enternecerse por los buenos modales del joven y lo dejó pasar, le dio leche de cabra y un trozo de pan. Cuando Jack estaba disfrutando de la comida, sintieron un fuerte temblor:

¡pum, pum,
pum!

Jack dejó de comer y se escondió en el horno.



Cuando llegó el ogro, le pidió a su mujer la comida del día y se sentó a devorarla. Pero antes de probar bocado se detuvo, comenzó a oler el aire y a resoplar:

-Fa... fe...fi... fo... fuuuuu... Huelo a carne de niño... ¿No tienes escondido por ahí alguno que pueda comer como pan?

La mujer le contestó que el olor era del niño que se había comido la noche anterior porque no había tenido tiempo de limpiar el horno.

Después de comer, el ogro se tiró a dormir y Jack aprovechó para salir. Despacio, en puntas de pie, se acercó a la sala de los tesoros. Estaba decidido a llevarse el ganso de los huevos de oro. Lo tomó y salió rápido hacia la planta de habichuelas.

Bajó, bajó y bajó hasta llegar a su jardín. Allí lo esperaba su madre que se sorprendió al ver el maravilloso ganso.

-Con sus huevos no tendremos más necesidades- comentó muy contenta la madre.



Y era cierto..., pero Jack no estaba tranquilo. Quería volver al castillo de los gigantes para llevarse el arpa mágica. Una pequeña arpa de cuerdas de oro que se tañía sola. Así, a la mañana siguiente, se levantó temprano, salió por la ventana de su cuarto y **subió** y **subió** y **subió** por el tallo de las habichuelas hasta llegar al mundo de los gigantes.

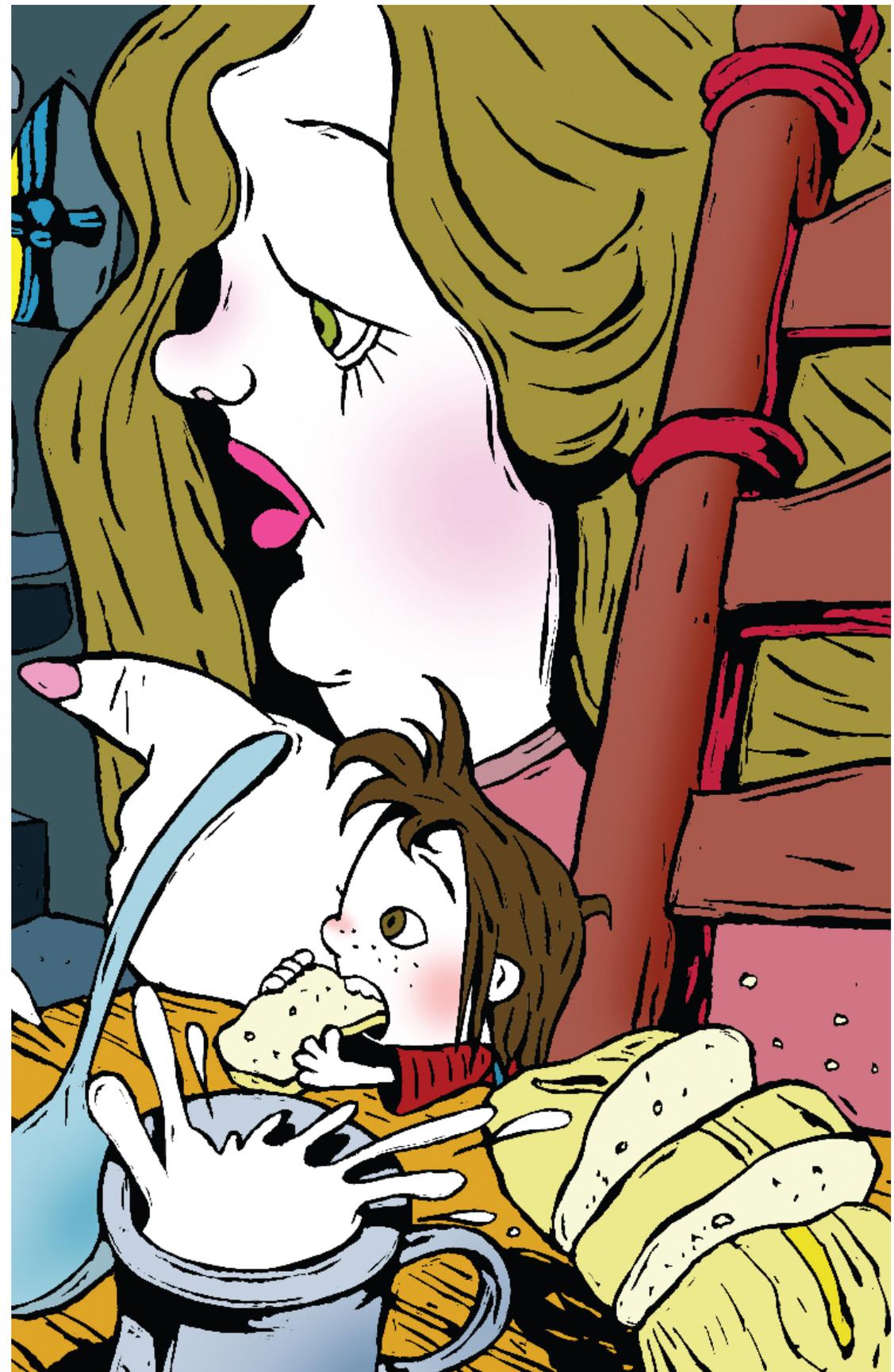
Muy apurado se encaminó al castillo del ogro. Nuevamente encontró parada en la puerta a su enorme mujer que lo miraba sorprendidísima. Cuando estuvo casi debajo de ella, Jack le preguntó si el ogro estaba en el castillo. La mujer le respondió:

–Mejor es que te marches, muchacho. Como bien sabes, a mi esposo le gusta comer niños en el desayuno y está por venir.

Jack, muy amable como siempre, le preguntó si podía comer algo antes de volver a bajar por la gigantesca planta. La mujer, que no dejaba de enternecerse por la forma de ser del joven, lo dejó pasar. Le dio leche de cabra y una hogaza de pan. Cuando Jack estaba disfrutando de la comida sintieron un fuerte temblor:

¡pum, pum,
pum!

Jack dejó de comer y se escondió, por tercera vez, en el horno.



Cuando llegó, el ogro le pidió a su mujer la comida del día y se sentó a devorarla. Pero antes de probar bocado se detuvo, comenzó a oler el aire y a resoplar:

-Fa... fe...fi... fo... fuuuuu... Huelo a carne de niño... ¿No tienes escondido por ahí alguno que pueda comer como pan?

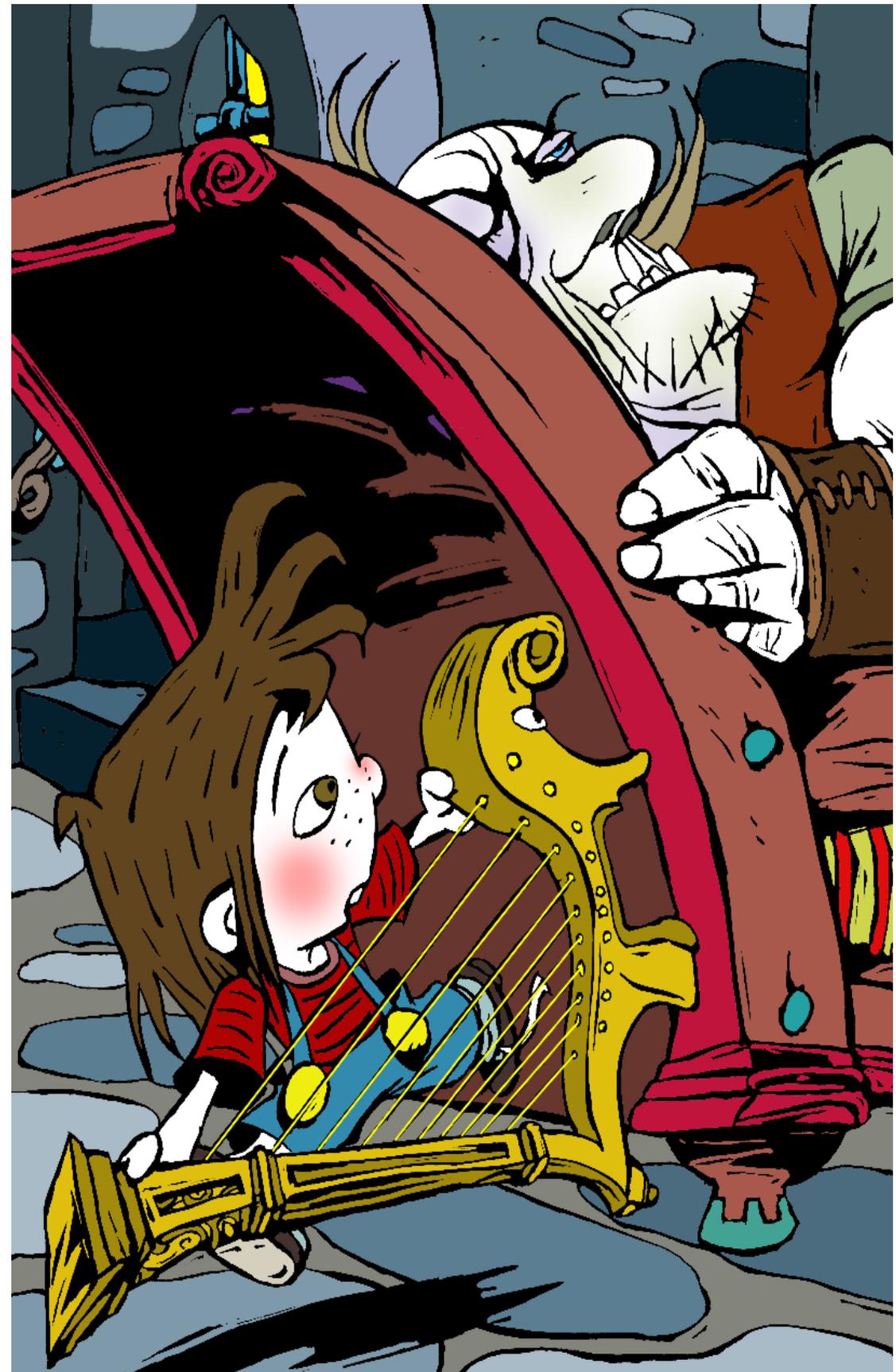
-Es el olor del niño que cociné la otra noche. No he tenido tiempo de limpiar el horno -le contestó la mujer, que no sabía inventar otra excusa, a su marido.

Después de comer, el ogro le pidió a su mujer que le alcanzara su arpa. Cuando tuvo cerca el instrumento, le ordenó:

-¡Canta!

El arpa comenzó a hacer sonar sus cuerdas y el ogro, poco a poco, se fue durmiendo arrullado por la música.

Jack aprovechó el momento para salir. Despacio, en puntas de pie, se acercó al ogro que roncaba como un trueno, para llevarse el arpa. Al igual que las dos veces anteriores, tomó el tesoro y se encaminó a la puerta.



Pero el arpa comenzó a sonar llamando a su amo pues no quería ser robada por un extraño hombrecillo. Así, comenzó a gritar con voz melodiosa pero muy fuerte:

– ¡Eh, señor amo, despierte usted, que me roban!

El ogro se despertó sobresaltado mientras seguían oyéndose los gritos acusadores:

– ¡Señor amo, que me roban!

Jack escapaba a toda prisa hacia la planta de habichuelas. Como al ogro le costó trabajo entender lo que sucedía, le dio alguna ventaja al jovencito en la carrera. Jack **bajó, bajó y bajó** pero, de pronto, la planta de habichuelas comenzó a sacudirse terriblemente.

Antes de llegar a su jardín, Jack le gritó a su madre que trajera un hacha y, apenas tocó el piso, se puso a cortar con ella el tallo. El ogro seguía bajando y ya se lo podía ver, aterrador y enfurecido, descolgándose de entre las nubes.

En ese momento, el tallo se partió en dos y la planta mágica se quebró. El ogro, grande como era, cayó en la tierra y se hundió mientras dejaba un hoyo inmenso y sin fondo. Nadie supo nunca nada de él. En cuanto a Jack, se divirtió con su nueva arpa y, gracias a los huevos de oro, él y su madre no tuvieron más necesidades.



JACK Y LAS HABICHUELAS MÁGICAS...

es una historia tradicional inglesa que recién se puso por escrito a comienzos del siglo XIX, en la versión de Benjamín Tabart de 1807. Como todas las historias que tienen un origen oral, se encuentran numerosas versiones. Esta que aquí se presenta fue publicada por primera vez por Joseph Jacobs en su libro *Historias inglesas de hadas*, en 1890.

